

T H E S A V R V S

BOLETIN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

TOMO XVIII

Enero Abril 1963

NÚMERO 1

INDIVIDUO Y COSMOS EN LA POESIA DE J. M. RIVAS GROOT

Los dos poemas de José María Rivas Groot, *La Naturalidad* y *Constelaciones*, pertenecen, sin duda, a la más depurada producción lírica colombiana. Tienen, en el conjunto de ésta, perfil propio. Son, dentro de la polifonía poética del novecientos, la voz pura, alta y grave que, tras de acompañar la curva de una vieja melodía, se separa de pronto de ella a fin de que el canto, y sólo él, logre su total belleza y trascendencia. Bifúrcase la voz en el acento que va desde la entraña telúrica — oscura de sombras enigmáticas — hasta la “comba altura” — poblada de interrogantes luminosos. No hablan ya solos ni la tierra ni el cielo, sino la tierra con el hombre y el hombre con los astros. Me pregunto si no estará, acaso, en esta conjunción, hondamente vivida, sabiamente ordenada, el secreto de la perenne virtualidad poética que de los dos poemas fluye inagotable.

Porque, efectivamente, los dos poemas brotaron al calor de la hoguera romántica, cuando todavía podían percibirse en la atmósfera el hechizo melancólico y las vaporosas nostalgias lamartinianas. También al poeta de las *Nuevas meditaciones* y de las *Armonías* lo conmovieron una vez las estrellas, “globos de oro, islas luminosas, a las que, como por instinto, tiende la piadosa mirada del hombre”. Pero para Lamartine lo que hay detrás de su luz es el recuerdo de un nombre

amado, el brillo de una mirada que, fugaz, cruzó por la tierra. Y si, mundos flotantes, gravitan en el silencio de la noche, es para llevarnos hacia un puerto desconocido. De aquí el angustiado interrogante: decid, ¿adónde vamos?, ¿cuál es nuestro celeste arribo?, ¿cuál el término de nuestra veloz travesía? Y la respuesta: pues sois más brillantes, sabréis mucho más, ya que la luz es imagen de la verdad. Sólo que Lamartine, no bien avenido con la verdad, se contenta con el vago sentimiento de que las estrellas, lugares de paz y de reposo, envían a los mortales, al través de la distancia, sus influjos lejanos, y confundido en este sentimiento se identifica con ellas hasta ser él mismo una entre otras para, finalmente, consolar el genio del hombre, lanzado, también por el instinto, en los espacios sin fin. Sumido en el mismo sentimiento, otea Lamartine las profundidades del infinito; pero de nuevo, abrumado por ellas, clama desde lo más profundo por la pequeñez del hombre, comparable apenas a uno de los granos de arena que, frente a sí, tenía en la playa de Casciano al componer su poema.

Otra vez, y al calor de la misma hoguera, Espronceda, siguiendo al sol el curso, se detiene ante él, “alma y vida del mundo”, sin que sus rayos ofusquen la inquisidora mirada del contemplador. Lo ve alzarse, detenerse en la mitad del cielo y hundir sus últimos, dorados cabellos, en el trémulo mar. Sabe que el radiante astro ha visto, tranquilo, despalmarse la pompa, grandeza y poderío de los siglos en insondable abismo, anegarse el universo entero mientras él, inmutable, sigue hollando las edades. Y Espronceda no puede menos de preguntarse — con voz que rezuma anhelo de eternidad — si su luz brillará siempre, si su ojo, ávido de contemplar, seguirá abierto sobre las cenizas del tiempo, que pasa inexorable. Y la respuesta es

No; que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.

La ruina universal llegará también para él; habrá de sumergirse, ineluctablemente, en piélagos de fuego, y al apa-

garse su llama, noche sombría “cubrirá eterna la celeste cumbre. Ni aún quedará reliquia de su lumbre”.

En fin, otra vez es Zorrilla, fantástico y policromo, el que cuelga de una leyenda un poema a las nubes, dominadoras del espacio, al que parecen combatir con su movimiento de informes escuadras. Y también Zorrilla se pregunta qué instinto las arrastra, con qué secreto impulso van por el espacio, qué ignoto ser, cuál extendido brazo las agita, qué espíritu las guía, quién, pues, es el que intenta violar su cóncavo secreto cuando el trueno se desprende de sus entrañas y estalla en tempestad. La respuesta, para Zorrilla, se cifra en el *enarrant caeli gloriam Dei*, y así, ve en ellas al Señor recorriendo la curva ilímite en su carro que, al pasar, despide centellas y deja tras sí, como signos de majestad, los vientos arrebatados, símbolos del divino aliento.

Eran, pues, los días en que los poetas henchían de pasión humana la tierra, el sol, las nubes, los astros, el azul más allá.

Pero en los dos poemas de Rivas Groot no sólo hay los motivos, sino algo más. Y ante todo, ¿quién no ve que en ellos se da un fuerte predominio de lo reflexivo sobre lo emocional? El poeta, conscientemente, sacrificó los impulsos de la emoción para lograr un equilibrio de forma sostenido, superior al pasajero equilibrio que suele producir el simple sometimiento de la inspiración — a veces fugaz impresión — a cánones estilísticos. Suele, este equilibrio, ser en muchos casos cosa de poco momento. Apenas el poeta elabora, plasma artísticamente su emoción, materia incandescente al fuego interior, parece que se hiela en el frío de una estructura que le es ajena: la forma. Y por más que en muchas ocasiones se ofrezca una especie de identificación del motivo inspirador con la forma poética, siempre será posible separarlo, intuitiva y críticamente, de los moldes que lo contienen. Y es obvio. Como el hablante, el poeta recibe de la tradición no sólo la lengua, estructura básica primaria, sino los propios recursos externos — géneros, estrofas, ritmos, rimas — de que ha de valerse para ordenar la masa de sus impresiones vividas, prontas a comunicarse. Su esfuerzo no consiste, entonces, en

otra cosa que en manejar esos recursos sin que ellos empañen o deformen la esencia y pureza de su primigenio acto creador, del mismo modo que el milagro de la lengua en nada más reside que en transmitir, libre de escorias y ataduras, la límpida corriente del pensar voluntario. Pero lo que en aquellos poemas hay, evidentemente, es algo más que el casi fatal (y cuántas veces casual) equilibrio formalista. Hay una actitud expectante, vigilante, que mantiene tenso, vívido, el hallazgo poético, y lo arroja en su nuda belleza más allá de la orilla en acecho.

Por otra parte, la misma materia poética ha sido tratada de tal modo que, por así decirlo, rinde todas sus posibilidades expresivas. Núcleo de ella es — y ello da a los dos poemas un carácter especial — el sentimiento cósmico total, pues abarca al hombre frente a lo que para éste es universo e indivisible: la naturaleza terrena, *Tellus mater*, y la perduración de la vida más allá del aniquilamiento a que ella lo tiene condenado. Pero de este sentimiento cósmico, resonancia del drama que libran el individuo ante la naturaleza, y su ruina y la ruina de ésta, hay que desconfiar, y él por sí solo no sacaría a flote una emoción poética duradera. En la poesía romántica acontecía que los amantes, en una noche estrellada, juraban por perpetuo el efímero instante de su pasión y hacían, con este motivo, bajar el cielo al nivel de su pasajera locura. Desvanecida ésta, sabían ellos que su rapto a las estrellas era un acto perfectamente intrascendente por su desproporción con la inalterable inmensidad estelar de la noche. Es el elemento cósmico que se trasluce en tanta estrofa poética del romanticismo y que en ocasiones es apenas música solemne puesta a un estribillo trivial. Recordemos,

Ils prirent à témoin de leur joie éphémère
un ciel toujours voilé,

mientras en estos poemas de Rivas Groot lo que invade al poeta no es el momentáneo coloquio al amparo de la noche sino el problema patente, punzante, agónico, del hombre ante una naturaleza indiferente que, a vuelta de las espigas doradas, de los maduros racimos y del generoso regazo postrero, es



JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT
(1863-1923)

Retrato al óleo por Francisco A. Cano (1897)

rescoldo y ceniza si se la compara con el ansia, la evidencia, de la inmortalidad y alteza de las almas. Porque sabe de la fugacidad de las cosas humanas, el poeta ha sacrificado todo lo anecdótico para dejar hablar en su desnudo ser esta sola emoción: la vida del alma más allá de cuanto es perecedero y caduco, inclusive la tierra engendradora de formas y el cielo que nada parece mover ni conmover.

Que, además, en su sabia estructura introducen una importante modificación temática. Pues, dentro del romanticismo, siempre que el poeta apela a su sentimiento del cosmos: la tierra, el sol, las nubes, las estrellas, el infinito, es para transferir al plano de estas jerarquías supremas la inquietud personal que agita y estremece las débiles paredes de su corazón. Acá, en estos poemas — ya lo sugeríamos al principio — es la tierra, son los astros, los que hablan; no solitarios, sino en conjunción perfecta con el hombre, al que se dirigen para expresarle, en un caso, los secretos de la fecundidad, el ritmo de las estaciones, el milagro de la creación, en suma, y la frialdad humana que enlazada de quimeras olvida sus prodigios dones; en el otro, para decirle el por qué de su tristeza, gemela de la de los mortales, que sube desde el suelo empujada por los sueños del hombre y se hace lloro radiante en la oscuridad impenetrable; y entre la tierra y las constelaciones, la criatura mortal y caduca, sí, pero cuyo espíritu supera todos los ornamentos del universo y todas las miserias y despojos de la creación.

Todo esto — ambiente, actitud, motivo, disposición — constituye una sabia estructura que da a *La Naturaleza* y a *Constelaciones* su perfecta unidad de contenido y de forma, de emoción y de estilo, de tradición y de renovación. Rivas Groot, a quien tan fácil hubiera sido llegar a la sombra de Hugo o de Bécquer (esto es, desbordamiento y contención, prodigalidad y límite, exceso y sobriedad), ha sabido, en ellos, situarse en la categoría de la proporción, la medida, el equilibrio, lo justo poético, si así puede decirse. En esta categoría está inscrito su nombre, y no hay que sorprenderse si, trascurridos los días y disipados los ecos, las nostalgias, la melancolía

y la elocuencia románticas, sus dos poemas, ligados a lo permanente y eterno, muestran hoy el augusto, severo perfil de lo clásico.

LA NATURALEZA

LA NATURALEZA.

1. ¡Hijo, escucha mi canto! Yo soy la Madre Tierra,
Yo soy la eterna pródiga de vidas y de amores;
Mi túnica en sus pliegues con majestad encierra
La noche con sus astros, la aurora con sus flores.
2. Yo soy la Madre Tierra. En mí palpita el germen
De seres que aún aguardan los siglos del futuro.
Yo soy la Madre Tierra. En mi regazo duermen
Los seres ya perdidos en el pasado oscuro.
3. Yo vierto inagotable del ánfora de vida
El río de la savia que corre a borbotones;
Y de mis flancos surge la selva estremecida,
Que eleva al firmamento sus amplios pabellones.
4. Por mí de jugo llenos los tallos se levantan,
Caliéntanse los nidos, se juntan las corolas;
Y en las sagradas nupcias mi epitalamio cantan
El himno de los cielos y el coro de las olas.
5. En mis altares nunca se extingue el sacro fuego:
Tras el invierno brota más vívido el retoño;
Las flores luego llegan, y el sol candente, y luego
Henchidas se almibaran las uvas del otoño.
6. A cuantos vida otorgo les brindo en mi palacio
Digna morada: al tigre las selvas tropicales,
Al ciervo negros bosques, al águila el espacio,
Y a los dorados peces, cavernas de corales.
7. Y tú, — Hombre pensativo que con tu ciencia oscura
Quieres sondar las leyes ocultas en mi arcano, —
Tú, entre los seres todos, fuiste la criatura
A quien mejores dádivas brindó mi larga mano.

8. La primavera tiende bajo tus pies su alfombra
En las musgosas grutas y los floridos prados;
Y en el ardiente estío convídote a la sombra
De higueras soñolientas y densos emparrados.
9. Los lirios se deshojan por adornar tu senda;
A tu coyunda, mansos dobléganse los brutos;
Por tí, la mies ondula, y por rendir su ofrenda,
Los árboles se doblan al peso de sus frutos.
10. Hijo, mi Flora es tuya: mis manos cariñosas
Tejen para tus sienes sarmientos otoñales;
En el mullido tálamo circúndote de rosas,
Y en el sepulcro helado te cubro de inmortales.
11. ¿Oyes mi voz? Tus cantos o tu furor remeda,
Y forman eco a tu alma, serena o agitada,
Con mecedores tumbos el viento en la arboleda
Y con gigantes ondas la mar aborrascada.
12. Si amas, en columpio de sueño yo te arrullo
Con las campestres notas de mi laúd sonoro;
Y al roce de mis alas dan plácido murmullo
Las olas plateadas y los trigales de oro.
13. Cuando la noche vierte la soporosa urna
De las serenas sombras sobre el callado mundo,
Presento a tu mirada la calma taciturna,
Sus astros, su misterio, su cóncavo profundo.
14. Y luego ante tus ojos, mudando las escenas,
Apunta el alba alegre que el horizonte dora,
Y como el oleaje que cubre las arenas,
Sumerge los luceros en su esplendor la aurora...
15. Mas ¡ay! ingrato y loco, me dejas, hijo mío,
Y por el mundo corres tras míseras quimeras,
Y delirante tiendes los brazos al vacío,
Y pueblas los espacios de voces lastimeras.
16. ¿Qué pides a los astros en súplicas ignotas?
¿Al Hombre de la tierra, qué le hablarán mis cielos?
Y luego desfalleces; y las entrañas rotas,
Regresas a mis brazos buscando mis consuelos.

17. Entonces, abrigando tu frente helada y mustia,
Te brindo muelle lecho para tu cuerpo herido,
La paz de lo inmutable tras la febril angustia,
Y en mi regazo eterno los sueños del olvido.

EL HOMBRE.

18. ¡Oh gran Naturaleza, que Madre Tierra un día
Llamó quien profanara de madre el santo nombre,
Tú siempre indiferente, siempre callada y fría
Te muestras a las ansias indómitas del Hombre!
19. ¡Oh gran Naturaleza! Tus olas encrespadas,
Tus hórridos abismos, tus atrevidas rocas
Al Hombre le opusiste: la sombra a sus miradas,
Y tus silencios graves a sus preguntas locas.
20. De tus entrañas salgo famélico y desnudo,
Y trémulo, encorvado, debo empapar el suelo
Con el sudor y el llanto; para el trabajo rudo
Nací, como nacieron tus aves para el vuelo.
21. ¡Oh Tierra! No distingues los ayes de los cantos;
La cava de las tumbas, de rústicas labores;
Ni al hijo que se entierra regado con los llantos,
Del grano que se siembra mojado con sudores.
22. Soñando con tus dádivas, el sembrador escoge
Un campo, y labra, y suda sobre las anchas eras;
Y al cabo le regalas, para llenar su troje,
Con enfermizos pámpanos y con espigas hueras.
23. Y el campo misterioso de la callada muerte,
Donde entre amadas sombras por último dormimos,
Profana en sus orgías, tu mano lo convierte
En campo de altas mieses y cárdenos racimos.
24. Si a tí nos acogemos, con rabia nos sacudes,
Guardando tus furores volcánicos despiertos;
Y si tus senos buscan hambrientas multitudes,
Te imploran, y se abaten llorando en los desiertos.
25. Sobre nosotros vierte tu colosal clepsidra
La escarcha, el rayo, el viento, la nieve de las cumbres
Y el soplo de la peste, que transformado en hidra,
Con sus anillos diezina las vastas muchedumbres.

Constelaciones, - (Musk. - Wanda - flamencos -
- (ed. Bouret - p. I, 49, 210.)
El Lacta: Hombre

- 1 - "Graves constelaciones que fulgurais tan lejos,
Mirando hacia las horas desde las cumbres altas,
¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
2 Tan llenas de tristezas, tan llenas de dulzura?"

Las Constelaciones:

- 1 - "¡Oh soñador, escuchas!; Escuchas, poeta!
Escucha tú que en noches de oscuridad languideas
2 No llamas, mientras lieblas con ansiedad secreta
Las sípticas en tu labio y el canto en tu pupila."

- 3 "Escucha tú, poeta que en noches arboledadas,
Cual bajo angusto templo, descubres tu catedral,
Y nos suplicas, vando que estés en vuestras miradas
Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristezza."

- 4 "¿Por qué han las tristes? .. Oye; nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al Hombre - Su mente y nuestra lumbre
4 Hermanas son. Por siglos de compasión, existe
En adios como en abomas la misma pesadumbre."

FACSIMIL DEL MANUSCRITO DE "CONSTELACIONES", CUARTILLA 1.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
Luchar, caer, alzarse; y en sus anhelos vanos
5 Volver hacia nosotros la vista suplicante,
Tender hacia nosotros las temblorosas manos;

Y ansiar, en tal desierto, ya' languida, ya' fuerte,
Casis donde saltan aguas de vida eterna.

6 Ya llega, ... Maná ... Y ^{sale} surge con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna:

(778) (ojo - aquí *) (verla)

Es triste ver al Hombre, que lumbré y lodo encierra,
Mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
7 Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
Tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames: - Conduelle tu lamento;
10 Poeta, no nos mires: - no duele tu mirada.
Tus súplicas, poetas, despéñense en el viento;
Tus ojos, oh poeta, se pierden en la nada.

Con íntima tristez^a miramos conmovidas,
11 Con íntima dulzura miramos posarosas,
Volvos - las eternas - vuestras caducas vidas,
Volvos - las radantes - vuestras oscuras fosas -"
1890 - Julio - L. ~~Fragmento~~ (signe pag. 4 - φ

FACSIMIL DEL MANUSCRITO DE "CONSTELACIONES", CUARTILLA 2.

Al pie puede leerse la fecha: "1890 - Julio".

Ø El Hombre.

“Todo a duelo y muerte? ... Parar quiniendo a solas
 i El mar con sus dajes, la tierra con sus hombres;
 ¡ Al fin en ^{mudas} ~~las~~ playas desaholarse las olas,
 y al fin en ^{el} ~~el~~ olvido deshacerse los nombres?!”

“¿Acá a queda? ... y nada hacia lo eterno sube?
 i Decid, otros siglos de ^{esto} ~~este~~ ^{hondo} ~~hondo~~ suprimiento;
 La ola evaporada forma un cenital de nubes,
 ¡ Al alma ~~que~~ ^{le} aponiga ^{no} ~~no~~ ^{asciende} ~~asciende~~ al firmamento?!”

¡No, estrellas compasivas! Hay eco en todo canto;
 Al decaer los pétalos, espárese el perfume;
 El como incienso humano, que abraza un fuego santo,
 Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de ^{siglos} ~~siglos~~ a todo en auto existe;
 Al espirarán en medio de sombras y amargura
 Los ~~últimos~~ ^{últimos} ~~de~~ ^{de} hombres sobre una roca triste,
 Las ~~últimas~~ ^{últimas} ~~de~~ ^{de} olas sobre una playa ~~decaer~~

Al moriréis, oh estrellas, en ~~este~~ ^{algún} ~~algún~~ ^{pequeño} ~~pequeño~~ día ...
 Mas flotarán espíritus contrungadoras palmas;
 Al alumbrarán ^{en} ~~en~~ ^{la} ~~la~~ ^{eternidad} ~~eternidad~~ ^{sombria} ~~sombria~~,
 Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

26. Tu voz, en montes y ondas, es grito que amedrenta,
Clamor de estrago, trueno de omnipotencia brava;
Y con tartárea cólera tu enorme boca ostenta
Espuma en tus Océanos, en tus Vesubios lava.
27. Y luego, como restos de aquellos tus festines,
Los blancos esqueletos se tienden colosales
De una Pompeya triste volcada entre jardines
Y de una muda Nínive perdida entre arenales.
28. Y si indignado clamo al ver tus elementos
Cubrir los horizontes de piedras funerarias,
El huracán, mofando, se lleva mis acentos,
Y el taciturno espacio devora mis plegarias.
29. De hinojos interrogo la bóveda sombría -
Que alumbras tristemente con pálidas estrellas;
Y sube, y sube trémula la voz de mi agonía,
Llevando de astro en astro las místicas querellas.
30. Mas no levanta un eco la religiosa queja:
Todo es misterio y sombras en tus callados cielos;
Los astros, mudas cifras; la Cruz del Sur semeja
La equis de esa incógnita que ocultas con tus velos.
31. ¿Dónde el materno arrullo? ¿En dónde tu sereno
Abrigo? ¿o las respuestas a mi angustiado grito?
Abajo, el terremoto, la peste, el hambre, el trueno;
Arriba, la implacable mudez del infinito.
32. ¡Qué sorda, oh Madre-Esfinge, a mis febriles dudas!
¡Cómo al dolor ofende tu imperturbable calma,
Cuando, las alas rotas contra tus leyes rudas,
Palpita en mí, como águila en su prisión, el alma!
33. Y a par del alma, hieres la carne: en la pupila
Vas opacando, noche tras noche, los destellos;
Otoño tras otoño, cansado el pie vacila;
Invierno tras invierno, argentas los cabellos.
34. Y en vano huyo tus leyes de muerte y exterminio;
Yo sé que tú me sigues, yo siento con espanto
Que tú, doquiera oculte mi cuerpo a tu dominio,
Sujetas con tu garra la orla de mi manto.

35. ¡Qué abrazo el tuyo, oh Tierra! Entre tus garras toscas
Destruyes, nervio a nervio, los miembros infelices.
Nos tragas en la tumba, y allí cruel enroscas
Al corazón llagado tus ávidas raíces.
36. ¡Y al fin soy tuyo, oh Tierra!... Tras amarguras tantas
Descenderé a tu seno, cansado peregrino;
Y entregarás mis venas al jugo de tus plantas,
Y volverás mis huesos al polvo del camino;
37. Y absorberá mi nombre tu olvido indiferente,
Y borrará tu mano mis fugitivos rastros,
Y tú alzarás por siglos, joven eternamente,
El himno de tus olas y el himno de tus astros...
38. ¡Mas no tendrás, oh Tierra, do todo se derrumba,
El alma, que rindiendo su carga abrumadora,
Abre las grandes alas a orillas de la tumba,
Y sube a los espacios de la inmortal Aurora!

CONSTELACIONES

EL HOMBRE.

1. Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
Mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

LAS CONSTELACIONES.

2. ¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escucha tú, que en noches de oscuridad tranquila
Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
La súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.
3. Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas
Cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,
Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

4. ¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al Hombre. Su mente y nuestra lumbre
Hermanas son. Por siglos de compasión, existe
En astros como en almas la misma pesadumbre.
5. Por siglos hemos visto la Humanidad errante
Luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos
Volver hacia nosotras la vista suplicante,
Tender hacia nosotras las temblorosas manos;
6. Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
Oasis donde salten aguas de vida eterna.
Ya llega, llama, — y sale con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna.
7. Tronos, imperios, razas, vimos trocarse en lodo;
Vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
Es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.
8. Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa;
El ideal anhela, requiere lo infinito,
Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.
9. Es triste ver al Hombre, que lumbre y lodo encierra,
Mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
Tocada la pupila con resplandor del cielo.
10. Poeta, no nos llames: — conduete tu lamento;
Poeta, no nos mires: — nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
Tus ojos, ¡oh poeta!, se pierden en la nada.
11. Con íntima tristeza miramos conmovidas,
Con íntima dulzura miramos pesarosas,
Nosotras — las eternas — vuestras caducas vidas,
Nosotras — las radiantes — vuestras oscuras fosas.

EL HOMBRE.

12. ¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo a solas
El mar con sus olajes, la tierra con sus hombres;
¿Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

13. ¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?
Decid, astros presentes a todo sufrimiento:
La ola evaporada forma un cendal de nube,
¿Y el alma agonizante no asciende al firmamento?
14. ¡No, estrellas compasivas! Hay eco a todo canto;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
Y como incienso humano que abrasa un fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.
15. Vendrá noche de siglos a todo cuanto existe;
Y espirarán, en medio de hielos y amargura,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa oscura.
16. Y moriréis, ¡oh estrellas!, en el postrero día...
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

Para la presente publicación de *La Naturaleza y Constelaciones* de José Rivas Groot — con la que el Instituto Caro y Cuervo ha querido asociarse a la celebración del primer centenario del nacimiento de este colombiano ilustre — se han tenido en cuenta: primero, el manuscrito de *Constelaciones*, compuesto de cuatro cuartillas, y un borrador igualmente manuscrito, aunque fragmentario, de *La Naturaleza*; segundo, la primera publicación de los dos poemas, aparecidos, *Constelaciones* en *Revista Literaria* de Bogotá, Año III, número 25 (mayo de 1892), páginas 83-85, y *La Naturaleza* en la misma *Revista Literaria*, Año IV, entregas 45-46 (febrero de 1894), páginas 423-425; tercero, la primera edición conjunta de los dos poemas recogidos en un folleto de 10 páginas, 22 x 15 cm., publicado por su autor en Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1895, y cuarto, la primera reproducción de *Constelaciones*, probablemente conforme a esta edición, realizada por la Escuela Tipográfica Salesiana, Bogotá, 1906. De la comparación cuidadosa de estas publicaciones se deduce la integridad absoluta del texto, con sólo dos cambios de

" ¡ Todo es olvido y muerte! Pasan,
El mar con sus olajes, la tierra con sus hombres;
¡ Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres!

" ¡ Y nada queda? ¡ Y nada hacia lo eterno sube?
Decid, astros presentes á todo sufrimiento:
La ola evaporada forma un cendal de nube,
¡ Y el alma agonizante no asciende al firmamento?

" ¡ No, estrellas compasivas! Hay eco á todo canto;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
Y como incienso humano que abrasa un fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

s/ " Vendrá noche de siglos á todo cuanto existe;
Y aspirarán, en medio de hielos y amargura,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa oscura.

J. CAICEDO R.—ESPECIES EXTINGUIDAS 85

" Y moriréis, oh estrellas, en el postrero día....
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas."

José Rivas Gaez.

Magníficos!

Antes de que se publiquen estas líneas
deseo que el Sr. Caro tenga la bondad
de leerlas — JRG.

PRUEBA DE IMPRENTA DE LA PRIMERA PUBLICACIÓN DE "CONSTELACIONES".

Esta composición apareció por primera vez en la *Revista Literaria* (Bogotá), año III, tomo IV, núm. 25 (mayo de 1892), págs. 83-85. En la prueba puede leerse una nota del autor, dirigida a don Miguel Antonio Caro, que dice: "Antes de que se publiquen estas líneas deseo que el Sr. Caro tenga la bondad de leerlas — JRG.". En el margen derecho aparece de letra del señor Caro la anotación: "Magníficos!".

importancia en *Constelaciones*: estrofa 1, *a: graves* (Ms.), *amplias* (Eds.) y estrofa 13, *b: testigos* (Ms.), *presentes* (Eds.). Fuera de esto las diferencias existentes entre las distintas publicaciones aparecidas se reducen a uno que otro cambio en los signos de puntuación, acentuación, guiones. Las enmiendas del manuscrito, por lo que hace a *Constelaciones*, pueden verse en los facsímiles que acompañan a esta edición, que sigue la de 1895, excepto en el uso de algunos acentos.

FERNANDO ANTONIO MARTÍNEZ.

Instituto Caro y Cuervo.